

# Serie La Vida de Oración de Jesús

- Jesús enseña el Padrenuestro a sus Discípulos -

Junio 1, 2022

*9 Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. 10 Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.*

*11 El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. 12 Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. 13 Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.*

Mateo 6:9-13

## Introducción:

Después de todo lo que hombres piadosos han dicho y escrito sobre la oración, necesitamos algo mejor que eso que tiene un mero origen humano para guiarnos, si queremos llevar a cabo correctamente este deber esencial. La manera en que las criaturas ignorantes y pecadoras deben procurar venir ante el Dios Altísimo, la forma en que deben orar de una manera aceptable y obtener de él lo que necesitan, se puede descubrir solo cuando el gran Oidor de la oración se complace en revelarnos su voluntad. Él ha hecho esto:

- (1) abrió un camino de acceso nuevo y vivo a su presencia inmediata, incluso para los peores pecadores;
- (2) designó a la oración como el medio principal para la relación y bendición entre él y su pueblo; y
- (3) facilitó con mucha misericordia un modelo perfecto para que las oraciones de su pueblo sigan ese ejemplo.

Desde tiempos antiguos se ha llamado "Padrenuestro", no porque sea una oración que el Señor haya dirigido al Padre, sino porque él, misericordiosamente, nos la dio para enseñarnos la manera y el método para orar y los asuntos por los cuales orar. Por lo tanto, los cristianos deben tenerla en alta estima. Cristo conocía nuestras necesidades y la buena voluntad del Padre hacia nosotros, y de esta manera en su misericordia nos proveyó una guía sencilla pero completa. Cada parte o aspecto de la oración se incluye ahí. La adoración se encuentra en sus frases de apertura y el

agradecimiento en la conclusión. La confesión necesariamente se sobreentiende porque lo que pedimos supone nuestra debilidad y pecaminosidad.

Las peticiones suministran la esencia principal, como en todas las oraciones. La intercesión y la súplica en nombre de la gloria de Dios y el triunfo de su reino y de su voluntad revelada se expresan en las primeras tres peticiones, mientras que las cuatro últimas tienen que ver con la súplica y la intercesión en lo que concierne a nuestras propias necesidades personales y las de los demás, como lo indican los pronombres en plural.

Esta oración se encuentra dos veces en el Nuevo Testamento, ya que Cristo la dio en dos ocasiones. Esto, sin duda, es una pista para que los predicadores repitan lo que es de importancia fundamental. Las variaciones son importantes. El lenguaje que se emplea en Mateo 6:9 da a entender que esta oración se nos da como un modelo, sin embargo las palabras de Lucas 11:2 indican que nosotros la debemos usar como un método.

Como todo en la Escritura, esta oración es perfecta en su orden, explicación y redacción. Su orden es la adoración, la súplica y la explicación. Sus peticiones son siete. Virtualmente es un ejemplo de los salmos y un excelente resumen de toda oración. Cada frase que hay en ella aparece en el Antiguo Testamento, revelando que nuestras oraciones deben ser bíblicas si han de ser aceptables.

*“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14).*

Pero no podemos conocer su voluntad si somos ignorantes de su Palabra. Se ha alegado que esta oración se diseñó solo para el uso temporal de los primeros discípulos de Cristo, hasta el momento en que el nuevo pacto se inauguró. Pero tanto Mateo como Lucas escribieron sus evangelios años después de que esta dispensación cristiana había comenzado, y ninguno de ellos da ninguna insinuación de que se hubiera vuelto obsoleta y que ya no fuera útil para los cristianos. Algunos disputan que esta oración no es apropiada para el día de hoy, por cuanto las peticiones en ella no se ofrecen en el nombre de Cristo y no contienen ninguna referencia expresa a su expiación e intercesión. Pero esto es un serio malentendido y un error, porque si razonamos de una manera similar, ¿no podríamos usar ninguna de las oraciones del Antiguo Testamento, de hecho ninguno de los salmos! Pero las oraciones de los creyentes del Antiguo Testamento fueron presentadas a Dios por amor de su nombre; y Cristo fue el Propiciador del pacto a quien se le dijo: “Mi nombre está en él” (Éxodo 23:20, 21).

El Padrenuestro no solo se debe ofrecer confiando en la mediación de Cristo, sino que expresamente él nos dirige a eso y nos autoriza a ofrecerlo así.

En esta clase estudiaremos el Padre Nuestro por frases:

#### EL DESTINATARIO

“Padre nuestro que estás en los cielos” (Mateo 6:9)

#### LA PRIMERA PETICIÓN

“Santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9).

#### LA SEGUNDA PETICIÓN

“Venga tu reino” (Mateo 6:10).

#### LA TERCERA PETICIÓN

“Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10).

#### LA CUARTA PETICIÓN

“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” (Mateo 6:11).

#### LA QUINTA PETICIÓN

“Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12).

#### LA SEXTA PETICIÓN

“Y no nos metas en tentación” (Mateo 6:13).

#### LA SÉPTIMA PETICIÓN

“Mas líbranos del mal” (Mateo 6:13).

#### LA DOXOLOGÍA

“Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén” (Mateo 6:13).

## EL DESTINATARIO

*“Padre nuestro que estás en los cielos” (Mateo 6:9)*

Esta frase de apertura es un prefacio adecuado para todo lo que sigue. Nos presenta el gran Personaje a quien oramos, nos enseña el oficio del pacto que mantiene por nosotros y denota la obligación impuesta sobre nosotros, a saber, aquella de mantener hacia él un espíritu filial con todo lo que eso conlleva. Toda oración auténtica debe comenzar con una contemplación devota y debe expresar un reconocimiento del nombre de Dios y de sus benditas perfecciones. Debemos acercarnos al trono de la gracia con el temor adecuado de la majestad soberana de Dios y de su poder, no obstante, con una confianza santa en su bondad paternal. En estas palabras de apertura somos instruidos explícitamente a presentar nuestras peticiones, expresando la noción que tenemos de las glorias esenciales y relativas de Aquel a quien nos dirigimos. Los salmos abundan con ejemplos de esto. Véase Salmos 8:1 como un ejemplo de esto. “Padre nuestro que estás en los cielos”.

Esforcémonos primero por determinar el principio general que está plasmado en esta frase introductoria. Nos informa, de la manera más sencilla posible, que el gran Dios está misericordiosamente listo para concedernos una audiencia. Al mandarnos que nos dirijamos a él como nuestro Padre, esto definitivamente nos da una certeza de su amor y poder. Este precioso título está diseñado para elevar nuestros afectos, estimular nuestra atención reverente y confirmar nuestra confianza en la eficacia de la oración. Tres cosas son esenciales para la oración aceptable y eficaz: fervor, reverencia y confianza. Esta frase de apertura está diseñada para conmover estos elementos esenciales dentro de nosotros. El fervor es el resultado de nuestros afectos puestos en práctica; la reverencia se promueve por discernir el hecho de que nos estamos dirigiendo al trono celestial; la confianza se va a profundizar cuando veamos al maestro de la oración como nuestro Padre.

Al acercarnos a Dios en actos de adoración, debemos “creer que El existe, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6 LBLA). ¿Qué es lo que más esperamos que profundice nuestra confianza, provoque el amor más fuerte y las esperanzas más ardientes de nuestro corazón hacia Dios, sino el hecho de que Cristo mismo se nos presente en su aspecto más tierno y en su relación más cautivadora? ¡De qué manera somos alentados aquí a usar la santa audacia y derramar nuestras almas ante él! No podríamos suplicar de manera adecuada a una *Primera Causa* impersonal; mucho menos podríamos adorar o suplicar a una gran abstracción. No, es a una persona, una persona divina, uno que tiene nuestros mejores intereses en su corazón, a quien somos invitados a acercarnos; uno que es nuestro *Padre*.

*“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”  
(1 Juan 3:1).*

Estas palabras, “Padre nuestro”, no solo significan el oficio de que Dios nos sustenta en virtud del pacto eterno, sino que también implican con toda claridad nuestra obligación. Nos enseñan cómo debemos disponernos hacia Dios cuando oramos y la conducta apropiada que debemos tener en virtud de esta relación. Como sus hijos lo debemos “honrar” (incluso más que a nuestros padres humanos; estar en sujeción a él, deleitarnos en él y luchar en todas las cosas para complacerlo. Una vez más, la frase “Padre nuestro” no solo nos enseña nuestro interés personal en Dios mismo, quien por gracia es nuestro Padre, sino que también nos instruye en cuanto a nuestro interés por nuestros compañeros cristianos que en Cristo son nuestros hermanos. No es solo a “mi Padre” a quien oro sino a “nuestro Padre”. Debemos expresar nuestro amor por nuestros hermanos orando por ellos; debemos estar tan interesados por *sus* necesidades como por las nuestras. ¡Cuánto se incluye en estas dos palabras! “Que estás en los cielos”. Qué bendito *equilibrio* le da esto a la frase anterior. Si aquella nos habla de la bondad de Dios y de su gracia, esta nos habla de su grandeza y majestad. Si aquella nos enseña de la cercanía y del alto precio de su relación con nosotros, esta anuncia su elevación infinita por encima de nosotros.

Si las palabras “Padre nuestro” inspiran confianza y amor, entonces las palabras “que estás en los cielos” nos deben llenar de humildad y temor reverente. Estas son dos cosas que deben ocupar nuestras mentes y comprometer nuestros corazones: la primera sin la segunda tiende hacia la familiaridad profana; la segunda sin la primera produce frialdad y terror. Combinando a las dos, somos preservados de ambos males; y en el alma se forja y se mantiene una estabilidad adecuada, mientras contemplamos como corresponde la misericordia y el poder de Dios, su amor insondable y su nobleza inconmensurable. Date cuenta cómo el mismo bendito equilibrio lo preservó el apóstol Pablo cuando empleó las siguientes palabras para describir a Dios el Padre:

*“el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria” (Efesios 1:17).*

Las palabras “que estás en los cielos”, *no* se usan porque él esté confinado ahí. Nos recuerdan las palabras del rey Salomón:

*“Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?” (1 Reyes 8:27).*

Dios es infinito y omnipresente. En un sentido en particular, no obstante, el Padre *está* “en los cielos” porque ese es el lugar en que su majestad y gloria se manifiestan de una manera más ilustre.

*“Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies” (Isaías 66:1).*

Darnos cuenta de esto debe llenarnos con la más profunda reverencia y el más profundo temor reverente. Las palabras, “que estás en los cielos”, dirigen la atención a su *providencia*, porque declaran el hecho de que él está gobernando todas las cosas

desde lo alto. Estas palabras proclaman su habilidad para prometer que hará algo por nosotros porque nuestro Padre es *el Todopoderoso*.

*“Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Salmos 115:3).*

*Sin embargo, aunque es el Todopoderoso, es “nuestro Padre”.*

*“Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”  
(Salmos 103:13).*

*“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”*

*(Lucas 11:13).*

Por último, estas benditas palabras nos recuerdan que *nosotros* estamos peregrinando *hacia allá*, porque el cielo es nuestro hogar.